



CUANDO LA TORMENTA PASE MANEL LOUREIRO

PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2024



Manel Loureiro



Cuando la tormenta pase

Premio de Novela Fernando Lara
2024

LA ISLA

Isla de Ons. Enero, en la actualidad

Poco a poco, el muelle fue cogiendo forma.

Era un largo espigón de cemento lastimosamente estrecho y sin más protección frente a la furia del mar de invierno que la propia mole de la isla, así que las olas impactaban con fuerza contra él y de vez en cuando saltaban de un lado a otro, barriendo toda su superficie.

El barco que se acercaba al muelle, cabeceando de manera fatigosa, era un pesquero panzudo y de pintura descascarillada que oscilaba cada vez que las ondas lo levantaban como si fuese el juguete de un niño. Aquel barquito, con el nombre de *Punta Suido* escrito en letras rojas sobre una placa de bronce atornillada en el frente de la cabina, sin duda había visto tiempos mejores.

Acodado en la proa, el único pasajero, ajeno al trabajo de la tripulación, contemplaba la silueta agreste y alargada de la isla, dominada por un monte en el que se erguía un enorme faro de color blanco y tejado rojo oscuro. Al lado de la isla principal, el inaccesible islote de Onza, solo habitado por aves marinas, destacaba entre montañas de rugiente espuma que rompían contra sus acantilados.

Cuando una ola escoró el barco, los nudillos del hom-

bre palidicieron al aferrar la borda. Y no es que Roberto Lobeira rehuyera el peligro, precisamente.

El único problema era que odiaba el mar con todo su ser.

Y aun así, estaba allí. Porque *tenía* que llegar a aquella isla.

Roberto reparó en la mirada de intensa concentración del capitán, un tipo fibroso, de barba rala y mirada dura, envuelto en un chubasquero amarillo, a medida que se aproximaban y ajustaba la maniobra con pequeños acelerones y golpes de timón. Al partir de Bueu ya le habían avisado de que, con aquel mar invernal, atracar en el muelle quedaba del todo descartado y solo podrían acercarse un instante para que él pudiese saltar al espigón.

Cuando estaban a tan solo un par de metros del muelle, el hombre ya había roto a sudar. La tensión se mascaba mientras los marineros lanzaban defensas por el costado del buque para amortiguar un posible impacto. El estado del mar había empeorado de forma notable durante el viaje y el muelle subía y bajaba como un caballo embravecido.

—¡Todo el mundo preparado! —gritó el capitán, asomando la cabeza por un lateral de la cabina—. ¡Solo tenemos una oportunidad!

El motor rugió con un acelerón cuando una ola especialmente fuerte escoró el barco y el *Punta Suido* estuvo a unos centímetros de chocar contra el cemento agrietado del espigón. Uno de los neumáticos colgados de la borda emitió un quejido agudo cuando se rascó contra el hormigón del muelle, dejando una larga cicatriz de caucho negro que el agua barrió de inmediato.

—¡Ahora! —rugió el capitán—. ¡Salte al muelle! ¡Salte!

Roberto contempló el borde del espigón, a apenas un metro de distancia, aunque en aquel momento le parecía

a un millón de kilómetros. Una estrecha franja de agua negra espumeaba furiosa entre el costado del pesquero y el cemento, como el fondo de una boca hambrienta. Si caía en aquel hueco, que no paraba de cambiar de tamaño a cada golpe de mar, quedaría estrujado igual que una uva en una prensa.

—¡No sé si es una buena idea! —gritó, girando la cabeza—. ¡Creo que vamos a...!

—¡Déjese de pamplinas! —bramó el capitán, con una lluvia de escupitajos—. ¡Salte de una vez, me cago en mis muertos!

No hizo falta que se lo repitiesen. Roberto lanzó su equipaje y él mismo saltó sobre la borda, justo en el instante en que las defensas chocaban con el espigón con un crujido ominoso. Antes de que pudiese darse cuenta había aterrizado sobre el cemento del muelle y la ola que había empujado al barco rompía con fuerza, transformándose en una catarata de agua gélida.

Por un segundo tuvo que luchar para mantenerse en pie. Aterrizó junto a su mochila y, antes de que pudiese secarse el agua salada de los ojos, el pesquero ya se había alejado del muelle con un potente golpe de motor. En un visto y no visto, estaba a casi veinte metros y ya giraba sobre sí mismo, enfilando la proa hacia el horizonte.

—¡Nos vemos dentro de un mes! ¡Cuídese mucho! —gritó el capitán desde la popa, antes de añadir algo que dejó perplejo a Roberto—: ¡Y evite los problemas!

Envuelto en una nube negra de humo de diésel, el barco comenzó a trepar a duras penas sobre las olas que, en aquel momento, ya eran el doble de altas que cuando zarparon de Bueu.

«La tormenta llega antes de lo previsto», pensó Roberto.

Otro golpe de agua le sacó de sus ensoñaciones y le

animó a ponerse en marcha. Con toda seguridad, un muelle batido por las olas no era el sitio más prudente en el que quedarse. Arrastró su mochila hasta el final del espigón y se detuvo unos instantes para valorar sus siguientes pasos lejos del oleaje.

Miró a su alrededor. A su espalda, la caseta de recepción de visitantes, donde se acumulaban cientos de turistas en verano, estaba cerrada a cal y canto.

«Bienvenido al paraíso», se dijo con sarcasmo.

La isla de Ons, como había tenido la oportunidad de averiguar, formaba parte de un parque nacional, y las visitas estaban estrictamente reguladas. Aun así, en los meses estivales era un lugar bullicioso, lleno de turistas, visitantes y campistas que se alojaban en la zona de acampada situada en uno de los pocos sitios llanos y con agua de la isla. Los transbordadores llegaban cada pocas horas, vomitando hordas de viajeros y recogiénolos al final del día, tostados por el sol y ahítos de vida agreste a tan solo una hora de tierra firme.

Pero en invierno la cosa era muy distinta.

Al llegar el mes de octubre, el tráfico de viajeros cesaba por completo y la isla quedaba casi desierta y en silencio. Los ferris que llevaban a los turistas se amarraban en sus puertos, a la espera del siguiente verano, y Ons hibernaba en su madriguera de roca, viento y salitre junto con los poco más de treinta habitantes que se quedaban allí todo el año.

Por eso había tenido que contratar a un pesquero para que le llevase hasta allí. Ons estaría totalmente aislada hasta la llegada del buen tiempo.

Y eso era justo lo que necesitaba.

Algo desconcertado, giró la cabeza buscando alguna indicación de por dónde ir. Justo a su derecha, una empinada cuesta subía hacia un pequeño núcleo de casas, el

único lugar que merecía el nombre de pueblo en aquella isla.

Con manos ateridas, sacó de su bolsillo los permisos y volvió a mirar a su alrededor. Se suponía que allí tendría que haber alguien para recibirle, comprobar que todo estaba en orden y darle la bienvenida a la isla junto con las llaves de la casa que había alquilado, pero no se veía un alma, y solo podía oír el romper de las olas, el zumbido del viento entre las ramas de los árboles y el graznido de las gaviotas que le sobrevolaban planeando sin batir las alas.

Aquel lugar estaba desierto.

Le asaltó la inquietante idea de que tendría que pasar-se solo el siguiente mes, como una versión moderna de Robinson Crusoe, pero la descartó casi de inmediato. Tenía que haber alguien por allí.

Fue entonces cuando oyó unas voces que parecían venir desde lo alto de la cuesta.

Hizo amago de colgarse la pesada mochila al hombro, pero tras echar un nuevo vistazo a la pendiente, la dejó allí. De lo único de lo que podía estar seguro era de que nadie se iba a acercar a robar su equipaje en aquel lugar desolado. A medio camino se dio cuenta de lo acertado de su decisión, ya que la cuesta era mucho más empinada de lo que parecía en un principio y, aunque se mantenía en forma, al llegar arriba del todo notó la respiración acelerada.

Descubrió entonces el origen de las voces.

Dos figuras estaban en medio del camino, ajenas a su presencia.

Una de ellas era un hombre alto, fornido, en los cuarenta y tantos. Tenía el rostro redondo, adornado por una barba espesa en la que ya lucían unas cuantas hebras blancas. Iba ataviado con un chubasquero negro, un pantalón impermeable y unas pesadas botas de agua, como si acabase de salir de algún lugar particularmente húmedo. Fren-

te a él, un chico de unos catorce o quince años, la tez muy pálida, el pelo alborotado de color pajizo y ojos verdes brillantes que temblaban de la emoción y la furia.

El hombre sostenía una caja de cartón sobre su cabeza, fuera del alcance del muchacho, mucho más bajo. El chico saltaba, intentando arrebatársela, pero cada vez que lo hacía, el otro se limitaba a retroceder un paso, alejándola de él.

—¡Dámela! —La voz del muchacho sonaba aguda, teñida de angustia—. ¡Son míos!

—¿Los quieres? —dijo el hombre—. ¡Pues cógelos!

Metió la mano en la caja y sacó algo pequeño, que arrojó a los pies del muchacho. Cuando este se agachó a recogerlo, el hombre aprovechó para darle un fuerte empujón en el costado que le tumbó en el suelo. El crío se levantó, manchado de barro y enrojecido por el esfuerzo, y volvió a saltar, en vano, para arrebatarse la caja de manos de su oponente, que ya arrojaba otra de aquellas cosas al suelo y repetía la maniobra entre carcajadas.

—Venga, mierdecilla, cógelos, que tú puedes —se burlaba.

Roberto ni siquiera fue consciente de que avanzaba a toda velocidad hacia la pareja, acortando la distancia que le separaba de ellos. Un latido perturbador le golpeaba las sienes, empujado por algo que no podía explicar.

Jamás había soportado a los abusones, ni siquiera cuando era un niño. Quizá en otro momento se habría limitado a afear la conducta del hombre o a amenazar con llamar a la policía, como la mayoría de la gente. Pero el policía más cercano estaba en tierra firme, a más de una hora de viaje. Además, le dolía todo el cuerpo, estaba empapado, cansado y de mal humor. Una mala combinación que le empujaba hacia delante como el fuego chisporroteante de una caldera.

Hay gente que es capaz de mantener la calma en cualquier circunstancia, suceda lo que suceda. Otros, sin embargo, tienen arrebatos de furia, voraces como un incendio, cortos pero intensos y al rojo vivo. Y luego hay gente como Roberto, que por norma son del primer grupo pero que, de cuando en cuando, pierden el control. A él no le gustaba cuando sucedía, porque empezaban a ocurrir cosas muy deprisa a su alrededor.

Aun así, no lo podía evitar.

Un par de años antes había compartido trinchera con un destacamento de soldados en un pueblo perdido del este de Europa, mientras escribía una serie de artículos sobre las miserias de la guerra. En otra ocasión había estado a punto de acabar en un hoyo mientras se documentaba para un reportaje en el incierto terreno del Cártel del Golfo.

No, desde luego nadie podría decir que Roberto Lobeira era un cobarde.

Le dio un empujón al hombre sin pararse a pensarlo. El barbudo se tambaleó desprevenido y tropezó con sus propios pies, los ojos muy abiertos por la sorpresa. La caja salió volando por los aires y al caer al suelo derramó todo su contenido. Thor y Iron Man le observaron desde el barro, en una pose congelada.

«Son juguetes» —registró una parte de su cabeza que parecía estar tomando nota de todo lo que pasaba de forma aséptica—. *Son muñecos de superhéroes.*

—¡Eh! Pero ¿qué coño haces? —bramó el tipo, que de repente se le quedó mirando, extrañado—. ¿Quién eres tú?

—Deja en paz al crío. —La voz de Roberto sonó ajena en sus propios oídos.

—¿A este retrasado? —El barbudo lanzó una mirada de reojo al chiquillo, que se afanaba en recoger las figuritas desperdigadas por el suelo, sin prestarles atención—. ¿Y quién me va a obligar? ¿Tú?

—Si es necesario, sí.

El hombre le miró de nuevo, con una sonrisa torva. Roberto se imaginó lo que veía aquel tipo, a un forastero de metro ochenta, delgado y fibroso, con el pelo negro empapado pegado a la cabeza y una mirada cansada en un rostro de facciones angulosas. El hombre era al menos diez centímetros más alto que Roberto y debía de pesar quince kilos más que él. Además, debajo de las mangas de su chubasquero se adivinaban unos músculos duros ganados a base de trabajo en el mar. En su mirada se veía a las claras que había echado esas cuentas y que sabía que su rival había llegado a la misma conclusión. Pero ya era demasiado tarde.

La sonrisa del lugareño se amplió mientras se quitaba el chubasquero y lo dejaba a un lado, para tener más libertad de movimiento. Roberto ladeó un poco la cabeza y avanzó otro paso con la sangre rugiendo en sus oídos. Fue quizá entonces cuando el barbudo se percató de la expresión de su oponente, del vacío de sus ojos. De la determinación férrea y algo antinatural que se ocultaba bajo su rostro tenso. Y entonces, por primera vez, dudó.

—Vale —gruñó—. Tampoco es necesario que...

—¡Luis! ¡Para de inmediato!

A pocos metros de ellos se hallaba una mujer de unos cuarenta años, vestida con una gastada sudadera azul marino y unos jeans con cien lavados, embutidos en unas feas botas de goma negra. Era delgada y fibrosa y tenía un rostro desigual, con una nariz demasiado larga entre unos pómulos de revista, bonita pero no guapa. En la mano izquierda sostenía un largo azadón rematado en una hoja de hierro afilado y se apoyaba en el mango con ligereza, pero algo en su postura gritaba que, en las manos adecuadas, aquel chisme destinado a abrir surcos en la tierra también podía hacerlos en cabezas ajenas. Y a Roberto no le

cupo la menor duda de que aquellas manos eran las indicadas.

—*Vai ó carallo* —gruñó el hombretón—. No te metas en esto, Antía.

—Has empezado tú. —Ella meneó la cabeza en dirección al chiquillo, que se había escondido tras sus piernas como un cachorro apaleado, sin apartar la mirada de su interlocutor—. ¿O me equivoco?

—Esto no es asunto tuyo.

—Claro que lo es. —Algo destelló en los ojos de la mujer—. ¿Lo dudas?

—No tengo por qué hacerte caso.

—A mí puede que no. —Se encogió de hombros y señaló con la barbilla hacia una de las casas cercanas—. Pero a lo mejor a él sí.

Roberto y el tal Luis miraron a la vez en aquella dirección. En un balcón, asomado casi sobre ellos, un anciano de unos ochenta años y poblada barba blanca fumaba parsimoniosamente un cigarrillo, mientras contemplaba la escena. El hombre negó despacio con la cabeza antes de darse media vuelta y entrar de nuevo en la vivienda sin pronunciar ni una sola palabra.

El gigantón barbudo enseñó los dientes, pero toda su determinación parecía haberse desvanecido, aunque un destello fugaz de alivio brillaba en sus pupilas. Se agachó a recoger su chubasquero del suelo, le sacudió unas pellas de barro y pasó al lado de Roberto, rozándole con el hombro.

—Ya nos volveremos a ver —musitó retador, de todas formas—. Esta isla es muy pequeña.

Cuando el tipo se alejó, camino arriba, Roberto dejó escapar todo el aire de sus pulmones. La sensación de furia que le había invadido un rato antes se había disipado y en su lugar tan solo quedaba la adrenalina. Aún sentía el

pulso acelerado y hundió las manos en los bolsillos, tratando de calmarse.

Se acercó a la mujer, que había dejado caer el azadón y abrazaba al muchacho, que una vez que todo había terminado lloraba desconsolado contra su hombro.

—Creo que tengo que darte las gracias —dijo Roberto—. Si no llegas a aparecer, esto se habría puesto muy feo.

—Soy yo quien tiene que dártelas. Por defender a Diego. El pobre no sabe cómo salir de estas situaciones.

Roberto observó mejor al muchacho: le había tomado por un chiquillo, pero en realidad era un joven de dieciséis o diecisiete años, que le miraba con sus enormes ojos verdes anegados en lágrimas y gesto de gratitud. Un cuerpo enjuto y fibroso y su baja estatura le daban el aspecto casi infantil que le había confundido.

—Hola, soy Roberto. —Le tendió la mano al chico, que se quedó mirándola un instante, como si no supiese muy bien qué hacer.

En vez de estrechársela, Diego se incorporó y le dio un abrazo que casi le tumba.

—Yo soy Diego —dijo el chico, con una sonrisa deslumbrante—. Y ahora somos amigos. Amigos para siempre, ¿verdad? ¡Amigos, amigos, amigos!

—Para siempre es mucho tiempo. —Roberto le devolvió una sonrisa—. Pero podemos empezar por serlo hoy.

—¿Eres un agente secreto? —siguió en tromba el muchacho.

—¿Cómo dices?

—Has venido a la isla en invierno porque eres un agente secreto en una operación especial, ¿a que sí?

—No es un agente secreto, Diego —le rescató la joven—. Él es Roberto Lobeira, el escritor que viene a pasar unas semanas en la casa de los Escudero.

—Vaya, las noticias vuelan —se sorprendió él.

—Es una isla pequeña —contestó ella, encogiéndose de hombros—, las novedades corren como la pólvora. Más aún si un famoso autor visita nuestras tierras.

A Roberto le pareció detectar una chispa de ironía en aquella frase.

—¿Y tú eres...?

—Antía Freire. —Le estrechó la mano con una sacudida firme y con un tono algo cortante—. La hermana de Diego y la persona que tiene las llaves de la casa que has alquilado.

—¿Y quién era el idiota con el que casi me parto la cara?

—Luis Docampo. —Torció el gesto al pronunciar el nombre, como si tuviese algo con un regusto amargo en la boca—. Es hijo de Ramón Docampo, el caballero que se asomó al balcón.

—Déjame adivinar: os lleváis un poco mal con él.

—«Llevarse mal» no es la expresión adecuada. —A Roberto le sorprendió la dureza repentina en el tono de Antía—. Digamos que los Freire y los Docampo tenemos unas cuantas diferencias que vienen de lejos.

—¿Por eso estaba metiéndose con Diego?

Ella negó con la cabeza, con una sonrisa triste.

—No, eso es porque Luis es un gilipollas integral —suspiró—. Pero todo ayuda. ¿Cuándo has llegado?

—Hace menos de diez minutos —respondió Roberto, mientras se sorprendía de lo idénticos que eran el pelo de color dorado y los ojos de color verde tormentoso de los hermanos—. Mi equipaje sigue tirado en el muelle.

—Entonces deberías sacarlo de ahí cuanto antes. —Antía echó a andar hacia el malecón con paso ligero—. La predicción meteorológica avisa de una tormenta de las grandes. Supongo que no querrás que una ola se lleve tus cosas.

—No, claro que no —dijo él, sobresaltado.

Ella le dedicó una mirada algo incrédula, como preguntándose quién podía cometer un error de principiante como aquel.

—¡Pues apura! —dijo resuelta—. ¡Puede que ya se lo haya tragado el mar!

Roberto dio un respingo y bajó la cuesta a la carrera. A mitad de camino soltó un suspiro de alivio al comprobar que su mochila continuaba donde la había dejado, apoyada contra la caseta de recepción de visitantes y aún lejos del creciente oleaje. La recogió y se la echó a la espalda con un gruñido de esfuerzo. Antía observó el equipaje con mirada crítica.

—Espero que hayas traído lo suficiente para el tiempo que vayas a pasar aquí. Seguramente los buques de reabastecimiento tarden bastante en llegar si el mar empeora.

—He traído comida de sobra para un mes, no te preocupes —dijo sin dejar de sonreír—. Sé que este lugar no está preparado para las visitas en invierno.

Antía rezongó algo ininteligible, pero no pudo evitar que un brillo de alivio aflorase en sus ojos por un segundo.

Recogieron el equipaje de Roberto y a continuación los dos Freire le ayudaron a subir la cuesta con él. Mientras ascendían de nuevo hacia las casas comprobó que la mujer estaba en lo cierto y el mar rompía contra el espigón con mucha más fuerza. No era un experto en la materia, pero hasta él se daba cuenta de que la maniobra de ataque habría sido mucho más difícil con aquellas condiciones.

—¿A qué distancia queda la casa que he alquilado? —preguntó.

—Más o menos a unos veinte minutos andando desde aquí —contestó Antía—. Solo hay un par de cuestas complicadas. Con mucha pendiente y tierra suelta.

—¿Y si vamos en coche?

Ella habló sin mirarle.

—Para estar tan informado sobre la isla, me sorprende que no sepas eso: en Ons no hay ni un solo metro de carretera asfaltada, Roberto Lobeira. Esto no es el continente. Solo unas cuantas de las pistas principales son de cemento; el resto son caminos de tierra, algunos en bastante mal estado. Por eso tampoco hay vehículos a motor. Están prohibidos.

—¿Prohibidos? —repitió impactado con aquella información que le caía encima.

—Te recuerdo que estamos en un parque nacional. Aquí se va a casi todas partes a pie.

—Nada de coches. Fantástico. —La expresión de Roberto se tornó fúnebre.

—He dicho que se va a pie a *casi* todas partes —replicó ella—. Pero en realidad sí que hay algunos transportes. Los fareros tienen una *pick-up*; la zona de acampada, que ahora está cerrada, también tiene una furgoneta, y los vigilantes del parque tienen un todoterreno.

—¿Y alguien nos querrá llevar?

—Los fareros van a su aire, en la zona de acampada no habrá nadie hasta el verano y hoy no hay vigilantes de ronda en la isla. Ons no es un sitio muy frecuentado en esta época, ¿sabes?

—No pasa nada, me las apañaré —resopló Roberto, imaginándose el camino hasta la casa. Si aquel trozo ya le había resultado agotador, no quería pensar cómo sería hacer un kilómetro más, subiendo cuestas «complicadas».

—No te agobies —dijo al fin Antía, con una media sonrisa—. El todoterreno del parque está aparcado aquí cerca, detrás de la iglesia, junto al generador, y da la casualidad de que yo tengo una copia de las llaves.

—Te lo agradezco. —Roberto meneó la cabeza—. Si

tengo que hacer todo el camino con esta mochila a la espalda, se me va a hacer largo.

—No será un problema —replicó Antía—. Venga, dame un minuto para ir a por el coche.

Antía se fue, dejando a Roberto a solas con Diego. Aprovechó que el muchacho estaba concentrado en limpiar los restos de barro de sus juguetes para observarlo con atención. A primera vista no se apreciaba nada peculiar en él, pero pequeños detalles de su lenguaje corporal y de sus tics faciales revelaban que era distinto. No era algo muy marcado, solo se notaba que era... diferente. Algún tipo leve de autismo, quizá. No sabía lo suficiente de trastornos mentales como para acotarlo con mayor precisión, pero no cabía duda de que, en aquel momento, el joven ya había olvidado el incidente con Luis Docampo y estaba tremendamente feliz, envuelto en un mundo de fantasía con sus muñecos al que nadie más que él tenía acceso.

—¿Vives aquí, en la isla? —preguntó para romper el hielo.

—Mmm —fue toda la contestación que obtuvo.

—¿Todo el año?

—A veces voy al continente con Antía cuando tengo que ir al médico. No me gusta el médico —añadió sin apartar la mirada de sus juguetes.

—¿Y no te aburres?

—En verano hay mucha gente. —Negó con la cabeza—. Ahora en invierno es peor.

—Porque no hay demasiado que hacer, claro.

El chico parpadeó un par de veces. Fue un parpadeo lento, que en cualquier otra persona habría quedado afectado y ridículo, pero que, en su caso, resultaba natural.

—No, no es por eso... En verano, con tanta gente, *él* se esconde. Pero en invierno siempre sale y hace cosas. Cosas feas.

Roberto sintió un cosquilleo helado en la espalda. Por el tono cargado de aprensión en que lo había dicho, estaba casi seguro de que no se refería al abusón de antes.

—¿A quién te refieres?

Pero la conversación se interrumpió cuando los faros de un automóvil los iluminaron. Era un pesado todoterreno de color blanco con el emblema de Parques Nacionales pintado en las puertas y Antía les hacía señales desde detrás del volante. Subieron su equipaje y dieron la vuelta en la pequeña plazoleta antes de arrancar por la pista de cemento.

En el último segundo, Roberto echó un vistazo por la ventanilla y pudo ver que el viejo Ramón Docampo había vuelto a asomarse al balcón y los observaba sin pestañear, con un cigarrillo entre los dedos. Las nubes habían oscurecido el cielo como si ya hubiese caído la noche, y en la penumbra Roberto no pudo ver su expresión, pero sintió un latigazo de congoja en el pecho al comprender algo que ensombreció de nuevo su estado de ánimo.

«Evite los problemas», le había dicho el capitán del *Punta Suido*, una frase que no había entendido entonces.

Y a los diez minutos de pisar tierra, ya se había metido en líos y, probablemente, enemistado con la mitad de la población de la isla.